

El Padre nuestro de santa Teresita

Santa Teresita orÃ³ y viviÃ³ de un modo peculiar el 'Padrenuestro ". Nos lo explica en una de sus confidencias espontÃ¡neas: "A veces -nos dice- cuando mi espÃ©ritu estÃ¡ tan seco que me es imposible sacar un solo pensamiento para unirme a Dios, rezo muy despacio el "Padrenuestro", y luego la salutaciÃ³n angÃ©lica. Entonces estas oraciones me encantan y alimentan mi alma mucho mÃ¡s que si las rezase precipitadamente un centenar de veces" (B25).

Dispongamos a escuchar...

Padre nuestro que estÃ¡s en el cielo...

La mayor originalidad y el mayor regalo de la oraciÃ³n de JesÃºs fue, sin duda, la de enseÃ±arnos a orar dirigiÃ©ndonos a Dios como al mÃ¡s entraÃ±able y cariÃ±oso de los Padres: "Cuando querÃ¡is orar decid: Padre nuestro..." (Mt 11, 1).

Pues bien, el acierto mayor de la Santa -cuyo papel fundamental es el de volvernos al Evangelio- fue el de comenzar por descubrir su condiciÃ³n de "hijita" para poder, luego relacionarse a sus anchas con el Padre. De ahÃ- que ninguna otra plegaria le ayudase tanto a conseguirlo como Ã©sta del Padrenuestro.

A partir de aquÃ-, es cuando Teresita escudriÃ±arÃ¡ apasionadamente el rostro amoroso del Padre. Y al poco de esto, es cuando, providencialmente, en la selecciÃ³n de textos bÃ©licos que le envÃ-a su hermana Celina, descubre dos tesoros que la introducen de lleno en el ocÃ©ano del amor paternal de Dios:

"Quien sea pequeÃ±o, que venga a mÃ-" (Prov 9,4). Y "como una madre acaricia a su hijo, asÃ- os consolarÃ© yo; os llevarÃ© en mis brazos y sobre mis rodillas os merece" (Is 66,12).

He aquÃ- el kilÃ³metro "0", el punto de partida de ese "pequeÃ±o camino"; de ese sendero directo que al momento descubrirÃ-a para ir a Dios. Su camino de infancia espiritual. Un caminito del todo nuevo, que no fomenta el infantilismo ni la estÃ©ril confianza, sino la autÃ©ntica gozada de ser y sentirnos... hijos del mÃ¡s tierno y amoroso de los Pares y de lanzarnos por amor a su servicio.

Dotada, a la vez, y segÃºn reconoce ella misma, de una asombrosa aptitud para la pedagogÃ-a espiritual, Teresita, no sÃ³lo ora y vive ella el "Padrenuestro", sino que se lo enseÃ±a a todo el que se lo pide.

Comencemos, pues, a decir junto con ella: "Padre nuestro..."

Santificado sea tu nombre...

Santificar el nombre de Dios es reconocer su gloria, la que ha manifestado, sobre todo, en su Hijo JesÃºs. La gran obsesiÃ³n de Teresa serÃ¡, por eso mismo, "amara JesÃºs y hacer que otros le amen". Observemos que esta frase es un verdadero estribillo en sus Cartas. Incluso en el cielo, no piensa hacer otra cosa.

Santificar el nombre del SeÃ±or es convertirle en centro de nuestros pensamientos. Y ella nos confiesa: "Creo que nunca he estado tres minutos sin pensar en Dios."

Santificar el nombre del SeÃ±or es sentir-nos seguros y confiados ante El. De ahÃ- que la Santa trabaje por vivir en paz y armonÃ-a como clima en que mejor se refleja su Bondad y en que mejor se viven actitudes tan suyas como la de la confianza y el total abandono. La tensiÃ³n y divisiÃ³n interiores, enseÃ±arÃ¡ a sus novicias, no glorifican a Dios.

Venga a nosotros tu reino...

"iOh JesÃºs mÃ-o! Ser carmelita, ser por mi uniÃ³n contigo madre de las almas, he aquÃ- mi vocaciÃ³n".

Y he aquÃ-, tambiÃ©n, uno de los mejores criterios para calibrar nuestros deseos de que el "Reino de Dios" venga por fin: nuestro celo apostÃ©lico por salvar almas.

El Maestro inyecta en Teresita una sed abrasadora por las almas. Primero, las de los pecadores, luego, las de los sacerdotes y misioneros; por fin, todas. PodrÃ-amos insertar aquÃ- todo un sartal de textos suyos que lo atestiguan. El tÃ­tulo de Patrona de las Misiones que le otorga la Iglesia puede re-sumirnos mucho en este sentido.

Llevada por este deseo de que la presencia de Dios se instaure allÃ- donde reina el mal, no duda en sentarse a la mesa con los pecadores sometiÃ©ndose a la dura noche de la fe. Tiene, al mismo tiempo, prisa de que sus hermanas entren en el horizonte de este Reino. A su prima le dice: "PreocÃ³pate un poco menos de ti misma...."

Todos tus escrÃ³pulos no son mÃ¡s que el fruto de buscarte a ti misma. Tus penas, tus congojas, todo rueda alrededor de ti misma... Â¡Por favor! OlvÃ-date de ti misma y piensa mÃ¡s en salvar almas" (Citado por P. Piat, MarÃ-e Guerin, p. 86).

Su mismo sufriendo lo convierte en la mejor arma con la que luchar por este propÃ³sito: "Nunca hubiera creÃ-do que fuese posible sufrir tanto. No puedo explicÃ¡rmelo, a no ser por los ardientes deseos que tengo de salvar almas" UC30, 9).

HÃ¡gase tu voluntad...

Teresa, monja contemplativa, comprende a la par que "el Reino de los Cielos estÃ¡ dentro de nosotros" Y que para enseÃ±arnos el camino de este Reino; es decir, cuÃ¡l es su voluntad, "JesÃºs no tiene necesidad de libros ni de

doctores... El, el Doctor de doctores, enseña sin ruido de palabras" (A83).

Por ello, al descubrir que es totalmente incapaz de santificarse por sí misma, deja a Dios actuar en ella, y se abandona confiadamente a su acción divina. Deja a Dios ser Dios. Y lo hace ofreciéndose al Amor Misericordioso a través de una de las más bellas composiciones orantes de la espiritualidad actúa. (No dejemos de leerla para orarla).

Y es en ese abandono confiado donde ve claramente que la voluntad de Dios es un verdadero intercambio de amor entre Dios y la criatura.

Danos hoy nuestro pan de cada día...

De Teresa sabemos que es una luchadora empedernida para que Pan de la Eucaristía pueda ser comulgado por todos en el día -cosa difícil entonces- para que todos puedan experimentar el beso amoroso de Jesús (A4).

Para ella "pedir el pan" es un medio más de hacerse pequeña y pobre, ya que sabe que "hasta en las casas de los pobres se da a los niños lo que necesitan" (UC6.8.8). Demostrando también que uno desea vivir el momento presente, sin agobios.

En las dificultades, pone toda su confianza en Dios. Enseña a sus hermanas a no tomar-se las cosas demasiado a pecho, a no atormentarse en los oficios, sino a hacerlo todo con paz y libertad de espíritu. (UC 14.7.1).

Tiene, en fin, otro modo sublime de vivir esto del "pan nuestro": poniendo espontáneamente al servicio de los demás todo lo que recibe. "Si alguna vez se me ocurre pensar y decir algo que les gusta a mis hermanas, me parece completamente natural que se apropien de ello como de un bien suyo. Ese pensamiento pertenece al Espíritu y no a mí" (CI 9v).

Perdona nuestras ofensas...

El encuentro con eso que llamamos pecado y debilidad -propios y ajenos- lleva a Teresa a descubrir con más profundidad el rostro de Dios. Vive el pecado como una ocasión para amar más a Dios.

Comentando el texto de Lucas 7,47, dirá que no sólo tienen que amar aquellos a quienes se les ha perdonado mucho, ya que... "A Jesús me ha perdonado mucho más que a santa María Magdalena, pues me ha perdonado por adelantado impidiéndome caer" (A38).

Otra forma de vivir esta petición consiste en no quedarse en la tristeza que brota en ella cuando descubre sus deficiencias. Por aquí irán sus consejos:

"Si te encuentran siempre imperfecta, ¡estupendo!, esa es tu mayor ganancia... Si te juzgan poco virtuosa, ¿qué importa?, eso no te quita nada ni te hace más pobre"... "Ahora comprendo -dice en otra ocasión- que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizar-se de sus debilidades, ensacar edificación de los menores actos de virtud que veamos practican otros".

He ahí una forma muy delicada y asequible de practicar esta petición del "Padre nuestro".

No nos dejes caer en la tentación y brazos del mal...

Teresa afirma que la tentación sirve para hacer brillar más la fe. Y no habla de otras.

Ella se ha visto muchas veces probada y tentada. La noche de la nada ha saltado insistentemente su causa. Ha aprendido a vivir sin sentir el amor ni la fe:

"Cada vez que queremos amar, estamos ya amando..." ¡Bello pensamiento!

Sus mismas canciones son acordes gozosos arrancados demasiadas veces a las mismas tinieblas:

"Sueñas con la luz-le dice el Tentador-, con una Patria perfumada de los más suaves perfumes... Sueñas con la posesión eterna del Creador de todas estas maravillas... Crees que saldrás un día de las brumas que te rodean..., ¡adelante! ¡adelante! Gózate con la muerte, que te proporcionará, no lo que tu esperas, sino una noche más profunda toda-va: la noche de la nada" (C6).

Tan sensible a la belleza y hermosura de la Creación, sólo ésta le aporta un rayito de luz en medio de la negra noche: "Cuando el azul del cielo se oscurece y parece que el cielo me abandona, mi alegría es quedarme en medio de la sombra, escondida y pequeña. Y mi paz consiste en cumplir únicamente la voluntad de mi Jesús, mi único y solo amor. ¿Qué me importa la vida? ¿Qué me importa la muerte? Amarte... ¡ése es mi único gozo!

Hasta en sus últimos momentos suplica la oración de sus hermanas para no caer en la tentación: " ¡No puedo más! ¡Ah, rueguen por mí-! ¡Jesús! ¡María!

Amén...

Los expertos en raíces lingüísticas dicen que la de la expresión "Amén" tiene mucho que ver con la que denota la total dependencia del feto en el seno de la madre. De ahí que esta última palabra del Padrenuestro posea también unos matices netamente teresianos.

Como un niño en los brazos de su madre, así se siente Teresa en los de Dios; Dios no me abandonará. Nunca me ha abandonado" (UC 30.9). En una estampa de despedida dedicada a sus hermanas, escribe: Veo lo que he creado. Poseo lo que he esperado. Estoy unida a Aquel a quien he amado con todas mis fuerzas". Fuente: www.cipecar.org